

SOBRE EL ESTADO. Félix Rodrigo Mora

Publicado en los números de marzo, abril, junio y julio de 2009 de la revista de CNT, <http://www.cnt-ait.tv>

PARTE I La percepción diaria, aprehendido sin prejuicios doctrinales, parece mostrar que vivimos en una sociedad hiper-estatizada, la más subordinada al artefacto estatal de todas las de la historia conocida. Tal conclusión se alcanza, así mismo, en mi libro “Naturaleza, ruralidad y civilización”, en relación con el universo agrario de los últimos 250 años, aniquilado por el Estado más que por el capitalismo, con temibles repercusiones civilizacionales y medioambientales. En efecto, las sociedades de la modernidad operan por la compulsión y constricción que estatuye la ley positiva, promulgada por el parlamento, o poder legislativo, más que por los mecanismos del mercado. Ello se expresa en la formulación Estado de derecho, u organización de la vida social en el cual el derecho y las leyes regulan soberanamente las relaciones sociales, con el aparato judicial administrando justicia y los cuerpos policiales imponiendo el cumplimiento de aquéllas. El ejército es garante, en última instancia, de que el pueblo se atendrá a la ley estatal, interviniendo -o amenazando con hacerlo cuando tal pelagra, como en 1936. Estas certezas son cuestionadas por quienes arguye que el Estado se está debilitando, y que el centro del poder es hoy la compañía multinacional “globalizadora”. Tal “retirada del Estado”, que otros elevan a “liquidación del Estado-nación” viene a significar que “el poder ya no reside en el Estado”, lo que ha constituido una “economía incontrolada”, en la que las leyes promulgadas por el poder legislativo, como instancia política, son secundarias.

Las conclusiones estratégicas deducibles de ello quedan expresadas en ciertas prácticas políticas. Si el enemigo principal es la gran empresa mundializadora, que supuestamente opera sin control, acaso convenga considerar al Estado como aliado, al menos circunstancial, pues dado el pretendidamente descomunal poder acumulado por tales compañías, tal vez haya que valerse de todos los medios para frenar su expansión. Ello invita a revalorizar el parlamento, como matriz de las leyes, en la esperanza de que sus productos jurídicos sirvan para parar al desmandado monstruo, la gran empresa. Si la derecha neoliberal y “desreguladora” es el enemigo principal, la socialdemocracia estatolátrica, el PSOE, aparece como aliado, a pesar de ser el partido preferido del capital desde el fin del franquismo y de que bajo sus gobiernos nació la gran empresa multinacional española. Tal estrategia se aplicó en las elecciones de 2004, en que casi toda la izquierda “antoglobalizadora”, so pretexto de oponerse a la guerra de Irak, ayudó a ganar al PSOE. Desde entonces, la radicalidad neo-socialdemócrata ha suspendido casi todos sus quehaceres (sólo es activa contra los gobiernos de derechas), aunque el PSOE está realizando más intervenciones militares en el exterior que el PP. Además, facciones mayoritarias del feminismo y el ecologismo sobre todo, se han institucionalizado, apareciendo incluso el inquietante fenómeno del neo-somatenismo, su cooperación sistemática con los cuerpos policiales. No basta con alarmarse ante ello. Hay que producir argumentos convincentes tanto

como estrategias apropiadas. El ente estatal, como liberticida asociación de individuos para el ejercicio del dominio y el mando, en todas sus formas, sobre el cuerpo social, que agrupa a una minoría ínfima (hay que diferenciar entre aparato de Estado, formado por quienes poseen poder, y asalariado contratados por el Estado) tiene que ser escrutado en su realidad actual, para averiguar si está en descomposición, o si por el contrario es más poderoso que nunca. Para ello es previo determinar quien lo constituye. El ejercito es su columna vertebral (mención especial merecen los servicios secretos) pues, en última instancia, “el poder viene del fusil”. Sigue la policía, el aparato judicial, los cuerpos de altos funcionarios, los organismos de política económica, los cuerpos de catedráticos y profesores, la subsidiada casta intelectual y estetocrática, los medios de comunicación de “titularidad pública”, los partidos políticos, sindicatos subvencionados y ONGs, los organismos de ciencia y técnica y, cómo no, el parlamento y el gobierno. También son parte del Estado, según la constitución de 1978, los entes autonómicos y municipales. No hay que olvidar la empresa estatal, ni la creciente presencia del Estado, por la crisis, en la gran compañía multinacional, ni los organismos de la Unión Europea, que ponen en común funciones estatales decisivas, como la emisión y regulación de la moneda. Los sostenedores de la liquidación del Estado han de probar que tales instituciones se están descomponiendo que, pongamos por caso, la Guardia Civil, está en desintegración, o que el descomunal aparato normativo que regula la vida económica en lo que más importa es ya inoperante. Por nuestra parte se trata de investigar imparcialmente, de determinar la verdad posible en estos asuntos, actualizando el conocimiento del Estado y, después, fijando la estrategia pertinente. Cada una de estas materias será tratada aquí en sucesivos capítulos, buscando estimularla reflexión, el estudio, la controversia y la acción militante. Para ello la creación de grupos de trabajo sería deseable.

PARTE II

La relación entre capitalismo y ente estatal es compleja. Hay un “anticapitalismo” que identifica al Estado con “lo público”, le denomina “la administración” (como si sólo gestionar cosas y no mandase sobre seres humanos), le tiene por hacedor del bien común y, por tanto, apto para el control y limitación del capitalismo. Tal es el enfoque socialdemócrata, contenido en aquella fórmula. Para los más lunáticos el ente estatal es el encargado de eliminar el capitalismo. Pero si el Estado nos libra del capitalismo hay que saber quién nos libera luego del Estado, por tanto, de un capitalismo de Estado tiránico, explotador y despilfarrador. Si el Estado puede “redimir” al pueblo del capital quedamos obligados a amarlo. Ello equivale a amar sus componentes. En primer lugar al ejército. Le siguen los aparatos policiales, el sistema judicial y las instituciones carcelarias que, de ser coherentes, han despertar en los partidarios de la noción de “anticapitalismo” estatista el mismo entusiasmo que suscitan en los militantes de extrema derecha.

Siguen los privilegiados cuerpos de altos funcionarios del Estado que, atrincherados en los ministerios, ordenan nuestras vidas sin contar con nosotros de un modo tan despótico como los empresarios. Están los sistemas de aleccionamiento, la enseñanza básica y secundaria, la universidad (el más hostil a

la libertad de conciencia) y los medios de comunicación estatal. Finalmente, tenemos el sistema tributario. El Estado es el principal receptor de la plusvalía exprimida a los trabajadores. De media, se apropia del 50% del PIB, en los países ricos. Lo hace a través de los impuestos y por explotación directa de los 2,7 millones de asalariados que trabajan para él. Que no existe la empresa “pública” (del mismo modo que no existe el ejército “público” ni la policía “pública” ni tampoco la universidad “pública”) lo prueba que sus trabajadores hacen huelgas. Es absurdo, por tanto, esperar que el Estado “controle” al capital cuando él es el principal receptor de plusvalía. Pero la función del Estado es política: manda sobre la sociedad, la gobierna. Nunca se explica por qué la sociedad no es apta para gobernarse a sí misma y ha de ser regida por el ente estatal, lo que hace que el vigente orden político no sea democrático. Para serlo, debería haber, como la etimología de la palabra indica, el auto-gobierno del pueblo, en vez del gobierno del Estado. De manera que éste es el tirano, o dictador, colectivo. En los tiempos de Franco, en lo sustancial, no gobernaba este sujeto sino el Estado, y ahora, con la “democracia” parlamentaria, no gobierna dicha institución sino el Estado. Han cambiado las formas pero el ente estatal (ni el 1% de la población) ha permanecido mandando. El Estado ha existido antes que el capitalismo. Éste no es anterior al siglo XVI, pero el ente estatal es bastante más antiguo. En mi libro “La democracia y el triunfo del Estado” creo haber probado que sin la intervención del Estado el capital no habría podido superar un nivel ínfimo y llegar a ser lo que es. En la crisis en curso eso se ha evidenciado: sin las ayudas estatales, una buena parte de la gran empresa, financiera e industrial, se habría desintegrado. Luego, en contra de lo que preconiza el “anticapitalismo” estatista lo cierto es que el Estado está saliendo al rescate del capitalismo. El Estado necesita del capital para obtener el máximo de medios monetarios (a más desarrollo de la empresa privada, de la circulación del dinero y de la actividad del mercado, más ingresa el fisco), de recursos materiales, de tecnología y de mano de obra formada. En particular, todo ello es vital para el ejército, que es, lo diré una vez más, el meollo del conglomerado estatal. Por tanto, el interés más vital del Estado le lleva a fomentar de mil maneras el desenvolvimiento del capitalismo, y jamás a limitarlo. Son los intereses estratégicos del Estado, mucho más que el mercado, lo que regula las sociedades contemporáneas. La experiencia de la Unión Soviética ha mostrado que el capital estatal es más ineficiente que el privado, lo que perjudica al Estado, al disponer de menos numerario, recursos materiales, bienes tecnológicos y expertos. Por ello, llegado a un punto, el Estado soviético se desembarazó de sus formas omni-estatizadas en pro del empresariado privado, más provechoso para él. El modo de existencia de los Estados a escala planetaria es la pugna entre ellos, a veces militar y siempre diplomática, política, económica, tecnológica, cultural, lingüística y otras, sin olvidar la sempiterna militarización. Para superar a sus rivales, o para no ser superados por ellos, todo Estado necesita un capitalismo floreciente, lo que hace absurdo esperar de él medidas “anticapitalistas”. Ni el existente ni ningún otro Estado lo haría, incluido uno “socialista”, pues también necesitaría del capitalismo: la experiencia soviética es concluyente. El corolario es que el único anticapitalismo conforme con la lógica de lo real, es el antiestatal. El Estado es el enemigo principal de las clases trabajadoras, también porque sin él el capitalismo no existiría. Por tanto, el

“anticapitalismo” estatista, o que “olvida” rechazar al Estado, es una variante de ideología pro-capitalista.

PARTE III

Quien más ha reivindicado en la calle, en los últimos años, la expansión del Aparato estatal, presentándolo como el remedio a los males del capitalismo actual, ha sido el movimiento “antiglobalización”, hoy en desintegración pero que tuvo sus momentos de gloria, en Seattle, 1999, y en Génova, 2001. Sus argumentos son que la emergencia en los últimos decenios de la gran empresa “globalizadora” y de las políticas neoliberales desregularizadoras hacen que aquélla lo domine todo. De ahí está resultado la casi extinción de “lo público” (eufemismo manipulativo usado para nombrar lo estatal), la liquidación del Estado de bienestar, la conversión del mercado en el único elemento regulador de la vida social y el hambre en el “Sur”. Desde luego, la mundialización (expresión más apropiada que el anglicismo “globalización”) es un problema grave, si bien no nuevo, pues ya en el siglo XVIII se había creado una economía-mundo que no ha dejado de expandirse, dando origen a la gran compañía multinacional, con un poder inmenso y creciente. En su denuncia está acertado aquel movimiento. No en los remedios que preconiza. Al adoptar un punto de vista economicista no logra ver la íntima relación que existe entre economía y política, entre capitalismo y Estados. Si el capitalismo, además de ser concebido como una realidad económica se le entiende como un hecho político no es posible presentar a la expansión del Estado, de los Estados, como el remedio a sus nocividades. El poder no es sólo económico, existe un poder político autónomo y un poder militar aún más autónomo. Al negar esto aquel movimiento retrocede, en lo intelectual, respecto a un clásico, “La elite del poder” de C. Wright Mills, 1956, que además de ocuparse de “los muy ricos”, denuncia a “los señores de la guerra” de EEUU, mostrando lo colosal influencia que el ejército tiene en la economía, la universidad, la comunicación, etc. de ese país. El economicismo maniático de cierto “anticapitalismo” se manifiesta de tres maneras, como “olvido” del Estado, como llanto por su supuesta “desaparición” o presentándole como remedio a todos los males. Los argumentos “antiglobalizadores” no son realistas, ni siquiera en lo económico. La crisis en curso está llevando a una economía estatizada como nunca ha existido, dejando a un lado los países del “socialismo real” y las economías de los Estados contendientes en la I y II guerras mundiales. Un dato lo dice todo: entre julio de 2007 y febrero de 2009 en el plano mundial han sido nacionalizadas total o parcialmente 38 entidades financieras situadas entre las mayores. Este hecho, y muchos más que podrían aportarse, deja en evidencia la falaz teórica “antiglobalizadora”. Ésta ha sido construida en las altas esferas para servir a la actual política. No olvidemos que sus urdidores han sido intelectuales orgánicos del grupo de comunicación francés “Le Monde”, propiedad de las compañías Lagardère y Dassault, cuyo principal negocio es la fabricación de armamento (dato a retener), y del diario español “El País”, parte del gran oligopolio mediático PRISA, feudo de la familia Polanco, la más adinerada del país, y portavoz oficioso del PSOE, la socialdemocracia estatizante en su programa pero que luego realiza las políticas que en cada momento interesan al capital y al Estado.

En este breve artículo no es posible profundizar en la crítica de la profusa literatura “antiglobalizadora”, pero sí tratar un asunto que muestra su inquietante significación real. Lejos de la “liquidación” del Estado, lo que ha venido sucediendo ha sido su expansión constante, por ejemplo, del aparato policial. Existen 80.000 guardias civiles, otros tantos policías nacionales, 20.000 autonómicos, 90.000 municipales, unos 10.000 gubernativos y judiciales, en total 280.000 efectivos en continua expansión, no sólo numérica sino cualitativa. A ello se suma el personal del ministerio del Interior, de los servicios secretos y las extensas redes de confidentes pagados con los fondos reservados, colectivos no cuantificables. Si la solución es más regulaciones, normativas y leyes, como proponen los “antiglobalizadores”, para su aplicación habría que incrementar en proporción los organismos encargados de vigilar su cumplimiento y punir a los infractores: aparato judicial, policial y carcelario. Si, por ejemplo, se introducen diez veces más leyes y normas que las existentes, los cuerpos policiales deberían quizá doblarse: la “antiglobalización” es exigir un ascenso más rápido del Estado policial. Lo mismo en relación con los otros poderes coercitivos, también el ejército. La izquierda, la institucional y buena parte de la radical, se aferra a la doctrina “antiglobalizadora” por razones obvias: vive del ente estatal, y cuando más poderoso sea éste mayor será su poder e ingresos. Así, es escandaloso que IU, UGT y CCOO se llamen “anticapitalistas” cuando están en los organismos de gobierno de las cajas de ahorro, que son el corazón mismo del sistema financiero. Cuantas más empresas “públicas” haya más cargos muy bien remunerados tendrán a su disposición. Lo mismo la intelectualidad, que sobre todo vive de la subvención y de lo funcionarial. Ahora, con la era Obama, estos grupos e individuos, parasitarios y explotadores, conocerán una Edad de Oro.

PARTE IV

Una cuestión de importancia, reflexiva y práctica al mismo tiempo, es establecer se forma objetiva la relación entre política y economía, entre Estado y capitalismo. Ello invita a investigar cual es la naturaleza, singular y simple o bien plural y compleja, de la potestad de mandar en las sociedades contemporáneas. Se trata de dilucidar si hay un único poder, el económico, siendo los demás poderes agentes suyos, o si por el contrario lo que tenemos enfrente es una pluralidad de estructuras de dominación, cada una específica pero todas unificadas contra las clases sometidas. Ello exige determinar si el artefacto estatal es un servidor del capital o una realidad por sí misma, tal vez la principal, en el caso que se concluya que el meollo del acto de dirigir y gobernar al cuerpo social es de hiper-compleja condición: política, aleccionadora, jurídica, policial y militar, además de económica. La concepción prevaleciente es la marxista, coincidente con la preconizada por la economía política burguesa decimonónica, de la que está tomada. Según ella, lo económico es lo esencial y el Estado queda como mera superestructura que “sirve a la base económica”. Tras esa aserción, no probada experiencialmente, aparece el mito fundacional de las sociedades liberales como formaciones “libres”, en las que el poder coercitivo estatal es “mínimo” y evita toda intervención significativa en la economía, regida por las reglas del mercado, supuesta forzosidad objetiva e

imparcial. Tal enfoque ignora los hechos. Antes de que existiera el capitalismo ya existía el Estado. Éste se refunda en los siglos XIII-XIV, tras su casi liquidación en la Alta Edad Media, y para el XV es una realidad bien perceptible. Por el contrario, el capitalismo no se manifiesta hasta el siglo XVI, y no alcanza una mínima entidad hasta finales del XVIII. El estudio ateorico de la génesis del capitalismo lleva a la conclusión de que en lo principal es el Estado quien lo va constituyendo con un sinnúmero de intervenciones militares, represivas, jurídicas, educativas, fiscales, de política económica, tecnológicas y otras. Por tanto, el capitalismo, lejos de ser auto-creado es, en lo fundamental, una realización del ente estatal.

La historia de la Europa moderna, 1492- 1789, ha estado marcada por las luchas competitivas entre los diversos Estados en pos de la hegemonía, lo que ocasionó guerras casi constantes. El modo de existencia de los Estados en cualquier tiempo y lugar es la lucha entre ellos, pero la historia europea tiene una particularidad, que aquéllos, para robustecerse económicamente y dotarse de más medios de combate, promovieron el desarrollo acelerado de la tecnología por un lado, y de las relaciones capitalistas, fabriles, monetarias y mercantiles por otro. En efecto, la revolución industrial inglesa, como proceso estimulado por el Estado británico, permitió a éste, al estar mejor abastecido de recursos y pertrechos militares, convertirse en hegemónico a escala mundial. La revolución francesa creó a Napoleón I, el déspota militarista y conquistador, más que a la burguesía. En España fue el ejercito, con los tristemente famosos “espadones” (Riego, Espartero, Prim, etc.), en tanto que componente nuclear del Estado, quien hizo la revolución liberal y constitucional. La burguesía, lejos de ser la causa de ésta, fue sólo una de sus consecuencias. Las mutaciones liberales, impropriadamente denominadas “revoluciones burguesas”, lo que hicieron en primer lugar fue **reforzar y expandir el Estado**. En ese marco, fomentaron la industrialización y, por tanto, a la clase empresarial. Con la crisis económica de 2008, la naturaleza subordinada del capitalismo se está evidenciando, pues si no fuera por las masivas intervenciones de los grandes Estados en apoyo de las mayores empresas y entidades financieras, aquél acaso se habría desintegrado ya. Por tanto, la forma cardinal de poder es de naturaleza política y militar, siendo esta última la continuación de la política “por otros medios”, según Clausewitz. Existe, así mismo, un poder intelectual (escolar, académico, editorial, etc.) y un poder mediático y publicitario (de enorme importancia), sin olvidar al temible poder judicial, ni el religioso, ni el tecnológico. Todas las expresiones de mando y dominio se unifican en el Estado, también el empresarial pues, más allá de la teórica, lo que gobierna la economía no son tanto las leyes del mercado como la política económica estatal y la legislación positiva. De ello resulta un sistema complejo y plural de poder-poderes, siendo el centro de tal conglomerado de naturaleza política, y militar. No debe olvidarse que más del 70% de los científicos y técnicos del planeta trabajan para los ejércitos, es decir, para los Estados, no para la gran empresa. En las condiciones actuales, cuando la realidad mundial está marcada por el ascenso del poderío de los Estados, en particular de sus aparatos militares y policiales, continuar aferrados a una concepción economicista conduce a la marginalidad intelectual y práctica.

Hoy, EEUU es una gran potencia militar es ascenso (con Obama), pero cada vez menos una potencia económica. Si el poder es plural, y si hay muchas formas de dominio, hay que combatirlo en todas sus manifestaciones, no sólo ni principalmente en la económica. Ello sitúa a la **lucha política** en el primer lugar.

Félix Rodrigo Mora